Soy yo.

8

SOY YO.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

POR

DON SALVADOR MARIA GRANÉS.

Estrenado con aplauso la noche del 20 de Noviembre de 1878 en el Teatro de APOLO.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUZ	SRTA. DOMINGUEZ.
ARCADIA	LUNA.
DON MAMERTO	SRES. CASTILLA.
DON TEODORO	SANCHEZ DE LEON.
DON PRÓSPERO	LUNA.
PARROQUIANO 1.°	FLEURIOT.
IDEM 2.°	OLIVA.
IDEM 3.°	SERRANO.

La accion en Albacete.

ACTO ÚNICO.

La escena representa la trastienda de un comercio de paños. Á la derecha, en primer término, una puerta. En segundo otra que figura dar al patio. Á la izquierda, hácia el centro, puerta de comunicacion con la tienda, á la que se sube por tres ó cuatro escalones. Entre la puerta izquierda y el proscenio, un mostrador de espaldas al público, sobre el que se ven varios rollos de paño y otros de diversos géneros.

ESCENA PRIMERA.

LUZ, á poco PRÓSPERO.

LUZ. (Mirando hácia la tienda.) Adios! Lo de siempre! La tienda abierta, y ni Próspero ni Teodoro en ella. Desde que se marchó el amo hace ocho dias, ni el tenedor de libros ni el mancebo están nunca en el mostrador. No, pues yo no puedo ocuparme siempre de cuidar la tienda. Tengo otras cosas que hacer. Ahora mismo voy á echar el pienso á la vaca! ¡Vaya una ocurrencia la del señor que regaló á mi amo una vaca con su ternero! Si á lo ménos hubiera corral en esta casa. . pero los pobres animalitos, en ese descubierto tan pequeño se mueren

de melancolía; el becerro en particular cada dia está más flacucho y más...

PROSP. (Dentro.) Luz.

LUZ. Vamos! ya da señales de vida el tenedor de libros; ese presumido de Próspero que pasa el dia acicalándose.

PROSP. (Baja la escalera en mangas de camisa con la levita sobre el brazo; un espejillo en la mano izquierda y un peine en la derecha.) Luz! Muchacha!

LUZ. Caramba! Ya le oigo á usted. No es preciso gritar tanto!

PROSP. No acierto á sacarme la raya. ¿Quieres hacerme el favor?

LUZ. (Toma el peine. Próspero se sienta.) Si creerá usted que me sobra el tiempo. (Le saca la raya.) Tengo que cuidar á la vaca.

PROSP. Cuídame á mí y es igual.

LUZ. Usted siempre de broma!

PROSP. Y qué tal está el becerrillo?

LUZ. Mal, muy mal. Yo no sé lo que tiene, pero cada dia le veo más flaco y más cabizbajo. Y el amo que me había prometido un regalo si á su vuelta encontraba gordo al ternero!

PROSP. Tal vez no tendrá leche la vaca. (Poniéndose la levita.)

LUZ. Puede que sea eso. Cuando quiero ordeñarla no le saco gota.

PROSP. Pues no es otra cosa. Si mi principal me hubiera prometido á mí un regalo, bien sé yo lo que haría.

LUZ. ¿Qué haría usted?

PROSP. Vender la vaca, y con su importe comprar todo los dias leche para el cachorro.

LUZ. No me parece mala idea.

PROSP. ¿Dónde se habrá metido ese bribon de mancebo. Teodoro. (Gritando.)

LUZ. Estará haciendo gárgaras como siempre!

PROSP. Ese mancebo misterioso excita en alto grado mi curiosidad. Siempre comiendo pastillas, tomando jarabes ó sorbiendo huevos crudos!

LUZ. Y aún he descubierto yo otra cosa más chocante.

PROSP. Qué?... Cuenta...

LUZ. Por la noche, cuando todos duermen, se baja al patio...

PROSP. ¿Donde están la vaca y el becerro?

LUZ. Allí puntea la guitarra y canta.

PROSP. Da conciertos á los animales? ¿Si estará loco?

LUZ. Silencio! Él viene.

ESCENA II.

DICHOS, TEODORO, bajando por la escalera.

PROSP. Qué! ¿Ha amanecido ya?

TEOD. ¿Es tarde?

PROSP. Usted dirá.

TEOD. Acabo de despertar.

LUZ. Es claro! Cuando se pasa la noche dando serenatas á los cuadrúpedos.

TEOD. (Dios mio! Estoy descubierto!)

PROSP. ¿Por qué da usted música á la vaca?

TEOD. Para amansarla. Recuerdo haber leido en el telon de antiguo teatro de la Cruz este verso: «La música las fieras domestica.»

PROSP. (Cada vez más misterioso.) Hombre, usted es un logogrifo! ¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted?

TEOD. (Con frialdad.) Soy el inferior de usted en esta tienda, lo cual es ser bien poca cosa.

PROSP. ¿Y por qué se ha comido usted todos los caramelos de esta tierra?

TEOD. (Alarmado.) Todos? (Reponiéndose.) No, aún quedan bastantes.

PROSP. (Nada, no se desemboza.) Adios, mis ocupaciones me llaman á la estacion del ferro-carril. Allí voy á esperar una partida... (de billar.) Cuide usted de la tienda.

TEOD. Cuidaré de ella.

PROSP. (Á Luz.) Y tú, si quieres seguir mi consejo, vende la vaca.

TEOD. (Poniéndose de un brinco entre los dos.) Vender la vaca! Me opongo!

LUZ. ¿Qué le ha dado?

PROSP. Pero, hombre, ¿por qué toca usted la guitarra á los cuadrúpedos?

LUZ. ¿Por qué toma usted la defensa de la vaca?

TEOD. Es un secreto de familia.

PROSP. Está visto. Este hombre es un wagon reservado. (Váse.)

LUZ. Vaya! Voy á echar pienso á la vaca.

TEOD. Sí, cuídala bien, cuídala mucho, y cuenta con mi eterna gratitud.

ESCENA III.

TEODORO solo.

Héme aquí miserable hortera, condenado á mostrador perpétuo en un comercio de Albacete. Ya no sirvo para otra cosa, puesto que ni las pastillas, ni las gárgaras, ni los huevos frescos... ni la leche caliente de la vaca que robo á ese desdichado becerrillo, nada puede devolverme aquella voz tan pura en otro tiempo, hoy turbia y cenagosa como el agua del Lozoya. (Hace una escala que termina con un gallo.) Do... re... mi... fa... sol... la... si... do... Este es mi secreto. Yo era en Madrid un gran artista. E. primer tenor... y el último del café de Venus. Mi negra y flotante melena, mi luenga barba *partida por gala en dos*... inflamaban los corazones de las parroquianas, que en vano querian templar mis ardores á fuerza de chicos de merengues. ¡Qué se ha hecho de aquella voz que cantaba con tal sentimiento mi romanza favoritn «*La luna de Valencia!*» Á ver si puedo... (Cautando muy desentonado.)

«Blanca luna, blanca luna,
déjame mirar tu luz...»

(Termina con un gallo.)

Nada, ya me quedé á oscuras! Esto se acabó! Adios.

dias de gloria!... Adios, encantadora ninfa de la calle del Sombrerete... que venías con tu padre todas las noches al café de Venus, os sentábais junto al piano, y al acabar mi romanza me arrojabas entusiasmada una sopa de tu chocolate!... Ay! Por qué la he vuelto á ver?

LUZ. (Asomándose por la puerta de la izquierda.) Teodoro, aquí hay gente que viene á comprar.

TEOD. Allá voy. Que esperen sentados. (Luz váse.) Ay! por qué la he vuelto á ver? (Toma una silla y se sienta.) Aquí mismo... en Albacete. Era una tarde de verano. Hermosa tarde para los aficionados á las tormentas!... Llovía á cántaros. (Levantándose y en tono poético.) Allá... bajo el cobertizo de la estacion, estaba el gran artista de luengua melena, delante de un tren que habia llegado; de un coche de segunda cae un perro chico, pero no de esos que hacen cinco un real, sino un falderillo de carne y hueso. Oigo un agudo grito de mujer... levanto los ojos... Gran Dios!... ¡Era ella! El ángel de la calle del Sombrerete. Sin duda me había reconocido, y en su emocion se le cayó de las manos el animal; me arrojo sobre el objeto perdido... Al mismo tiempo emprende el tren su marcha. Me lanzo á la carrera... puedo ganar el estribo del último coche, y agarrado con una mano y sosteniendo con la otra el animal, llegamos á la próxima estacion, donde no tuve más tiempo que el preciso para arrojar el faldero en brazos de mi bella, junto con un grito de amor. (Dejando la silla junto al mostrador.) Ese fué el último canto del cisne. Entónces, viendo cortada mi carrera artística, me dí un tijeretazo en la melena, me afeité la barba, y héme aquí convertido en aprendiz de hortera por tres duros al mes, casa, comida y ropa limpia. ¡Fatalidad! Degradacion! Yo, nacido con el *do* de Tamberlik!... Barramos la tienda.

ESCENA IV.

TEODORO, ARCADIA y DON MAMERTO.

MAM. Aquí debe ser. Entremos, hija... Ay! bonito viaje!

ARC. Papá!

MAM. Mujer, no te regaño; pero permite que diga «bonito viaje.»

TEOD. (Barriendo.) Creo que ha entrado gente. (Sin volver la espalda.)

MAM. En fin, no retrocedo. (Á Teodoro, que está de espaldas.) Buenos dias.

TEOD. (Yendo al otro extremo del proscenio sin volver la cara ni dejar de barrer.) (No conozco nada más insoportable que los parroquianos.)

MAM. (Siguiéndole.) Buenos dias, amigo. Soy don Mamerto Perillan, viudo, de cincuenta y siete años de edad, hacendado y padre de familia.

TEOD. Sí? Pues eso cuentéselo usted al alcalde de barrio, que yo no expido cédulas de vecindad.

MAM. (Siguiendo siempre á Teodoro.) Deseo hablar con el dueño de este comercio, don Segundo Veludillo. Está?

TEOD. (Sigue barriendo y sin escucharle.) Adios, ensueños de gloria.

MAM. ¿Qué dice usted?

TEOD. Adios, ilusiones de amor! (Deja de barrer y se sienta de espaldas á D. Mamerto.)

MAM. Buen principio! La primera persona con quien tropiezo es un sordo! (Gritando al oido de Teodoro.) Está en casa?

TEOD. ¿Quién?

MAM. El señor de Veludillo.

TEOD. Luz!

MAM. ¿Cómo? Luz á las diez de la mañana?

TEOD. No, si es que llamo á la criada. Luz! (Volviéndose y reconociendo á Arcadia, da un grito.) Ah!

MAM. ¿Qué es eso?

TEOD. (¡Mi sílfide de la calle del Sombrerete!)

MAM. ¿Eh?

TEOD. Mi ángel del coche de segunda! (Ofreciendo muy obsequioso una silla á D. Mamerto.) Hágame usted el obsequio de sentarse.

MAM. (Dejando la silla en medio de la escena.) No, ante todo, quie-

ro hablar con don Segundo.

TEOD. (Ap. mirando á Arcadia.) Sin cabello! Sin barba! Sin voz! Es imposible que me reconozca!

ARC. ¿Por qué me mirará ese jóven?

TEOD. Ah! (Suspirando.)

MAM. ¿Qué le pasa á usted?

TEOD. Ah! (Más fuerte.)

ARC. Ese hombre me da miedo!

MAM. (Examinando á Teodoro.) Vaya un bicho raro! Bonito viaje.

ARC. ¿Pero no viene esa criada?

LOS TRES. Luz! Luz! Luz!

ESCENA V.

DICHOS y LUZ.

LUZ. Quién me llama?

TEOD. Este caballero.

LUZ. (Ofreciéndole una silla.) Tome usted asiento.

MAM. No. (Deja la silla detrás de la otra.)

LUZ. Pues usted dirá.

MAM. Deseo ver al señor de Veludillo... ¿está en casa?

LUZ. Espere usted. Voy por el tenedor.

MAM. No, gracias. Ya hemos almorzado.

LUZ. Hablo del tenedor de libros.

MAM. Ah! ya! ¿Y para qué va usted á traer al tenedor?

LUZ. Para que le responda á usted.

MAM. Ah! ¿es preciso que se reunán tres para decirme si está en casa el amo? No he visto cosa igual.

LUZ. (Ya en la puerta.) Justamente aquí viene Próspero.

ESCENA VI.

DICHOS y PRÓSPERO.

LUZ. El señor...

PROSP. Desea comprar algo? (Dándole una silla.) Tome usted asiento.

MAM. No, hombre, no. (Deja la silla detrás de las otras dos.) Lo que deseo es...

PROSP. Paños?... Los tenemos de Sedan...

MAM. (Y no se dan cánceres en la lengua!) Lo que quiero es...

PROSP. Castor?... ratina? franela?

MAM. No, no y no. Sólo quiero saber si está en casa el dueño de este establecimiento.

LUZ, PRÓSPERO y TEODORO. No señor.

MAM. Pues habérmelo dicho desde el principio.

LOS TRES. Hace ocho dias se fué á Madrid.

MAM. (Por lo visto no pueden responder mas que en terceto!) Ya lo oyes. (Á Arcadia.) Puesto que el señor de Veludillo no está aquí, creo lo mejor volvernos á Madrid.

ARC. Pero alguno de estos señores le representará.

PROSP. Yo le represento.

LUZ y TEOD. (Casi al mismo tiempo que Próspero.) El señor le representa.

MAM. (Continua el terceto.) Pues sírvase usted leer esta carta. (Se la da.)

PROSP. (Abriéndola.) Con mucho gusto. (Lee.) «Señor don Se»gundo Veludillo, Albacete. Madrid, veinte de No»viembre de mil ochocientos setenta y tres. Muy se»ñor nuestro: por la presente endosamos á usted reco»mendándoselo con el mayor interés al dador, don Ma»merto Perillan, persona distinguidísima que juega to»das las noches con nosotros al dominó en el café de la »Concepcion.» (Próspero hace una reverencia á la que contesta con otra D, Mamerto.) «Esperando aceptará usted el »endoso del señor Perillan como si fuera el de una le»tra de cambio, le dejamos abonada esta partida en su »cuènta de buena amistad. Somos de usted, afectísi»mos seguros servidores que su mano besan. Soconusco» »Canela Guayaquil y Compañía.»

MAM. Me han dado tambien esta otra esquelita reservada para usted. ándosela.)

PROSP. Hola! Viene cerrada. (Lee para sí.) El tal don Mamerto

es un viejo chiflado. Puede usted enviarle á paseo si gusta.

MAM. Ahora necesito hablar con usted á solas.

PROSP. Estoy á sus órdenes.

MAM. Habrá por ahí una habitacion abrigada donde pueda retirarse mi hija?

PROSP. Aquí hay un gabinete...

MAM. (Ap.) (Llegó el momento crítico... ¿Persistes?...)

ARC. Papá!...

MAM. Está bien... Persistes... Entra en ese gabinete.

ESCENA VII.

D. MAMERTO, PRÓSPERO y TEODORO.

D. Mamerto va á cerrar todas las puertas. Despues vuelve al lado de Próspero. Teodoro se coloca al otro lado de D. Mamerto sin que éste le vea.

MAM. Comprenderá usted el misterio de que me rodeo, cuando le diga... (Viendo á Teodoro.) Eh! Qué hace aquí este hombre?

PROSP. Cómo se entiende?... Largo!... (Teodoro da algunos pasos hácia el foro.)

MAM. Comprenderá usted el misterio de que me rodeo cuando le diga...

LUZ. (Saliendo por la puerta de la tienda, seguida de tres caballeros.) Señor Próspero, estos tres caballeros vienen á comprar.

PROSP. (Sin volverse.) Bien, que los despache Teodoro. (Se sienta.)

TEOD. (Ap.) (Qué diablos tendrán que hablar? (Bajo á los tres caballeros.) Siéntense ustedes un momento. (Se sientan en las sillas que hay en el foro. Teodoro permanece algo apartado.)

MAM. Pues vengo directamente de Madrid á contarle á usted en confianza un drama de familia inaudito... Sí señor, inaudito en los fastos del amor.

PROSP. Escucho á usted. (Teodoro se aproxima de puntillas, los caballeros se ponen en actitud de escuchar.)

MAM. Se trata de una cuestion de vida ó mnerte para una jóven extremadamente sensible; y quizá se trata tambien de una fortuna imprevista para un vecino de Albacete.

PROSP. Hola!

TEOD. y LOS TRES CABS. Hola! (Se aproximan todos de puntillas.)

MAM. ¿Estamos solos?

PROSP. Perfectamente solos.

MAM. (Viéndose rodeados de cabeza.) Qué hemos de estar, si tengo un batallon sobre mí!

PROSP. ¿Qué es esto, señores? ¡Á la tienda! (Teodoro y los parroquianos se van por la puerta de la izquierda, pero apenas se sientan D. Mamerto y Próspero, salen andando de puntillas, primero Teodoro y detrás de él los parroquianos uno á uno, y se esconden tras el mostrador. Teodoro se acurruca detrás del mostrador.)

MAM. (Se sientan.) Ahora empiezo dirigiéndole esta pregunta: ¿tiene usted una hija?

PROSP. Que yo sepa, no señor.

MAM. Pues si la tiene usted, le aconsejo que desde pequeñita la acostumbre á no desear más que cosas regulares, ó de lo contrario llegará un dia á pedirle á usted la luna. Entónces procurará usted demostrarle la imposibilidad de descolgar ese fanal nocturno, pero ella llorará y se irá poniendo delgada como un fideo y pálida como la muerte, y la verá usted caminar hácia la tumba, cantando dia y noche:

«Blanca luna, blanca luna,
déjame mirar tu luz.»

TEOD. (Mi romanza *La luna de Valencia*!)

MAM. Este es el amargo fruto que yo devoro al presente, de resultas de un viaje en ferro-carril, acompañado de mi hija y de un perro chico el dia veinte y seis de Agosto último, durante un chaparron de los grandes que he visto.

PROSP. Sí, ¿eh?

TEOD. (El veinte y seis de Agosto!... Mi fecha!)

MAM. Tal es el drama íntimo que obliga hoy á los mismos personajes, ménos al perro, á venir á esta ciudad y á preguntar... ¿Conoce usted en Albacete ó en sus contornos, un ser... un quidam de señas indeterminadas, de edad incierta, que recoge un falderillo caido en la estacion, y que en la inmediata lo echa por la ventanilla de un coche de segunda, gritando con voz apasionada: «Tuyo hasta la muerte.»

PROSP. ¿Y para qué quiere usted saberlo?

MAM. ¿Para qué?... No me ha entendido usted? Pues sepa y maravíllese, que por esa extravagante y melenuda vision, se muere de amor mi hija Arcadia, ella que cuenta con seis mil duros de dote. (Teodoro y los caballeros que estaban ocultos se ponen en pie de un brinco, exclamando uno despues de otro.) Seis mil duros! (Vuelven á agazaparse.)

PROSP. ¿Conque dota usted á su hija con seis mil duros?

MAM. Sí señor: en buenas fincas.

PROSP. ¡Cuerno!

TEOD. ¡Cáspita!

LOS CABALLEROS. Caramba! Carambita! Carambola! (Todos hacen el juego de ántes.)

MAM. En vano he tratado de disuadirla. «Ó me caso con el desconocido de Albacete, ó que preparen mi fosa.»—Pero hija, replicaba yo, ¿así se casa una muchacha de tus prendas con un cualquiera que hecho un Adan, con barro hasta el cuello, la devuelve un falderillo, servicio que cuando más está bien pagado con ocho cuartos y medio? Ella no respondía, pero le daba una pataleta. ¿Tú ignoras que ántes de que tú nacieras tenía yo ofrecida tu mano al sobrino de un amigo fabricante de papel? Otra pataleta. En fin, puesto en el duro trance de ver morir á mi unigénita ó de arreglar el equipaje, opté por esto último, y héme aquí preguntándole: ¿Le conoce usted?

TEOD. (Me busca!)

PROSP. Segun. ¿Para qué desea usted encontrarle? (Teodoro y los tres indivíduos se han ido acercando.)

MAM. Para qué? Para ahogarle! (Teodoro y los indivíduos se esconden precipitadamente.) Si pudiera... Pero soy padre y... (Vuelven á aparecer Teodoro y los tres.)

PROSP. Y qué?

MAM. (En tono de resignacion.) Y despues de obtener algunos informes sobre su moralidad, etc., le daré mi hija con seis mil duros-

PROSP. Pues entónces ¿á qué disimular? El que usted busca soy yo.

MAM. Será posible?

TEOD. (Ah, bribon!)

MAM. ¿De veras? ¡Qué felicidad! (Llamando.) Arcadia! (Al volverse hácia la derecha para llamar, se encuentra con Teodoro que ha acudido muy agitado.) No es á usted á quien llamo. Arcadia!... Niña! (Los tres indivíduos rodean á D. Mamerto.) Oiga usted una palabra, caballero...

TEOD. Permita usted un momento...

LOS TRES. (Pasando delante de Teodoro.) Una palabra...

PROSP. (Nos habrán oido estos?)

MAM. Pero señores, qué quieren ustedes de mí? (Teodoro y los tres indivíduos repiten las palabras antedichas ú otras semejantes con efusion, quitándose unos á otros el sitio junto á D. Mamerto.) Con dos mil de á caballo! Déjenme ustedes ahora, que luégo hablaremos. (Llamando.) Arcadia!

ESCENA VIII.

DICHOS, ARCADIA

ARC. ¿Qué quieres, papá?

MAM. Figúrate... Ves este? (Se vuelve para señalar á Próspero y ve á Teodoro cerca de sí.) No es este. (Separa á Teodoro, pero éste vuelve inmediatameate á ocupar el mismo sitio.) Quítese usted de ahí. (Á Próspero.) Habla tú con ella. Yo voy á ver qué quiere esta gente de mí. (Volviendo á encoontrar

á Teodoro.) Hombre, vaya usted enhoramala. (Á Arcadia.) Habla con él. (Señalando á Próspero. Á los tres indivíduos que le asedian.) Pero qué diablos desean ustedes? (Teodoro y los tres indivíduos rodean á D. Mamerto; todos le hablan á la vez, y él procurando en vano desasirse se va por la puerta del foro seguido por los tres. Teodoro, observando que Arcadia queda sola con Próspero, vuelve á la escena.)

ESCENA IX.

ARCADIA, PRÓSPERO, TEODORO.

ARC. (Qué hable con este hombre! Será que él puede darme noticias...)

PROSP. (¡Seis mil duros!) (Con resolucion.) Señorita!

TEOD. Señorita!

PROSP (Cómo echar á este de aquí.)

LUZ. (Apareciendo en la puerta izquierda.) En la tienda piden bayeta negra.

PROSP. (Á Teodoro.) Bayeta negra! Eso le corresponde á usted. Á la tienda!

TEOD. (Maldito seas.) (Váse.)

PROSP. Señorita: autorizado por papá...

ARC. Adelante.

PROSP. Me atrevo á declararla con rubor mi...

TEOD. (Saliendo precipitadamente.) Veinte varas de bayeta vienen á pagar y eso pertenece á usted... Á la tienda!

PROSP. Cargue el diablo contigo! (Váse.)

ARC. ¿Pero qué significa todo esto?

ESCENA X.

ARCADIA, TEODORO.

TEOD. Señorita!...

ARC. Tambien usted?

TEOD. Su papá de usted se equivoca.

RC. En qué?

TEOD. Todos se equivocan aquí: sólo yo sé la verdad. Usted

no ama al desconocido sólo por haberla dado un perro, sino tambien por su voz melodiosa, por su figura poética... usted ama al tenor del café de Venus.

ARC. (Admirada y conmovida.) Eh! Cómo?... Le conoce usted?

TEOD. Infinitamente.

ARC. Oh! Dígame usted... ¿Qué se ha hecho de él?

TEOD. Poca cosa.

ARC. Ya lo presumía yo. Tenía el aspecto tan miserable en Madrid!... Con su rostro pálido, su voz fúnebre y su gaban de color de clase pasiva... Pero no importa! Eso es precisamente lo que más me cautivó.

TEOD. (Ap. entusiasmado.) (Oh, ángel! ángel!...)

ARC. Sí, yo me he propuesto iluminar con mi amor aquella alma tenebrosa... sacar del cieno aquel talento desdichado?

TEOD. Sí, jabónele usted.

ARC. Pues bien! Pronto! ¿Dónde está mi trovador?

TEOD. Muy cerca.

ARC. Que se presente.

TEOD. (Toma melancólicamente la actitud del que canta en café con una mano en el pecho.) Héle aquí.

ARC. (Retrocediendo.) ¡Imposible!

TEOD. Teodoro Resmilla.

ARC. (Ap.) (Ciertamente, esa era su postura. Pero cuán feo se ha vuelto!) ¿Y qué ha hecho usted de sus hermosos cabellos?

TEOD. Los guardo en mi cofre.

ARC. Y la barba?

TEOD. Está con los cabellos.

ARC. ¿Y se ha metido usted á hortera?

TEOD. Interinamente. Conque cuándo es la boda?

ARC. (Tratando de mudar de conversacion.) El perrillo se murió.

TEOD. Derramemos una lágrima sobre su tumba! y... hablemos de nosotros.

ARC. ¿Por qué se marchó usted del café de Venus?

TEOD. Porque me indispuse con la dueña.

ARC. Y por qué no volvió usted á pasear por la calle del Som-

brerete?

TEOD. Ya le contaré á usted eso; pero hablemos de nosotros. ¿Cuándo es la boda?

ARC. (Oh, Dios! ¿Qué le respondo?)

TEOD. Habla, Arcadia.

ARC. (Tan pobre y tan feo como está, quién le amaría si no le amase yo?)

TEOD. ¿Vacilas? Ti... tu... beas?

ARC. No. (Con enagenacion cómica.) Te amo!

TEOD. (Cantando muy desafinado con la música del *Fausto.) Felicitá d'il ciel!*

ARC. Habla con mi padre. Yo no me atreví nunca á revelarle la carrera que seguías, pero ahora que ocupas una posicion mercantil... Papá te busca... Bastará conque le digas: soy yo.

TEOD. (Arrodillándose.) Oh, ángel! Oh, dicha! Oh, amor!

PROSP. (Saliendo precipitadamente.) Señorita...

ARC. Ah!! (Huye por la derecha.)

PROSP. Diablo. (Quédase atónito mirando á Teodoro que se levant tranquilamente y se limpia la rodilla con la manga.)

TEOD. (Á Próspero marchándose lentamente y con aire burlon.) Señor don Próspero, que usted prospere! (Sube la escalera y váse.)

PROSP. Ese aire burlon, esas palabras... ¿Me habrá denunciado?

ESCENA XI.

DICHO y LUZ.

LUZ. (Saliendo por el foro dice á Próspero.) Acabo de vender la vaca.

PRSOP. Déjeme usted en paz.

LUZ. Ocho duros menos dos reales.

PROSP. ¡Vaya usted al diablo!

LUZ. (Saliendo escapada.) Jesús, qué genio!

ESCENA XII.

PRÓSPERO, D. MAMERTO.

MAM. (Que viene muy sofocado.) Esto es inaudito! increible!

PROSP. (El padre! Afortunadamente á éste le tengo en el bolsillo.) Señor don Mamerto.

MAM. Quiere usted hacerme un favor?

PROSP. Aunque sean ciento.

MAM. Pues lárguese usted.

PROSP. Está usted incomodado conmigo?

MAM. Tòdavía no, pero si continúa usted moliéndome...

PROSP. Ya me voy. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

D. MAMERTO.

MAM. (Paseándose con aire agitado.) Sí señor, es inaudito! Salgo de aquí entre todos esos indivíduos que me asediaban y cada cual me grita: «Caballero, el que usted busca soy yo. Soy yo. Soy yo. ¿Cómo se explica esto? ¿Qué es lo que mueve á esos tres hombres á decir: soy yo? (Dándose una palmada en la frente.) Ah! Qué rayo de luz! Yo tuve la imprudencia de hablar de seis mil duros... Luégo todas esas gentes son un atajo de estafadores de oficio! (Furioso.) Me toman por un primo! Ah! canallas. (Blandiendo el baston.) El primero que me vuelva á deciri «Soy yo...»

ESCENA XIV.

D. MAMERTO, TEODORO.

Teodoro baja por la escalera muy compuesto, pero ataviado grotescamente.

TEOD (La niña me encargó que me presentase á papá. Me parece que estoy presentable.) Caballero...

MAM. (Bruscamente.) Qué hay? (Pasa á la izquierda por delante de Teodoro, y deja sobre el mostrador el sombrero y el baston.)

TEOD. Caballero, yo estoy dedicado al comercio.

MAM. Y á mí qué me cuenta usted?

TEOD. Voy al caso. Usted anda buscando á uno.

MAM. Oh! oh! Tambien tú? *Tu quoque Brutus?*

TEOD. Eh?

MAM. Nada, nada. Decía en latin que le escucho á usted con mucho gusto.

TEOD. Pues bien, caballero, ese uno á quien usted busca yo le conozco. (D. Mamerto le hace seña con la mano de que espere, y llegándose al mostrador se pone el sombrero y empuña el baston.)

MAM. (Volviendo al lado de Teodoro y haciendo molinetes con el baston.) Ahora ya estoy dispuesto á oir. Conque... decíamos?...

TEOD. (Mirando al baston.) El veintiseis de Agosto... por la tarde... cayendo un chaparron de los buenos. (Para qué habrá tomado el baston?)

MAM. (Agitando el baston.) Adelante! adelante, no pierdo sílaba.

TEOD. (Preocupado.) Lloviendo á mares... el veintiseis de Agosto... Á usted debe estorbarle el baston. Venga, lo dejaré allí.

MAM. No, no, muchas gracias, no me estorba. Conque decíamos, que lloviendo á mares el veintiseis de Agosto... (Hace molinetes.)

TEOD. No sé si le he dicho á usted que era en la estacion del ferro-carril.

MAM. No me lo había usted dicho, pero lo oiré con gusto. ¡Pues poco gusto que tendré en oirlo!

TEOD. Si me hiciera usted el obsequio de suprimir los molinetes... porque me marean.

MAM. No importa. Continúe usted. (Redobla los molinetes.)

TEOD (Creciendo su turbacion.) Caballero, usted tiene una hija...

MAM. Y un baston.

TEOD. (En cuanto al baston, no me hace gracia.) Caballero. usted es padre y ama á su baston... digo... á su hija.

Usted busca á un jóven desconocido que ha hecho palpitar su corazon.

MAM. (Remangándose las bocasmangas de su gaban.) Ya cae!... Ya cae!

TEOD. (Observando los movimientos de D. Mamerto y cada vez más sobresaltado.) Pues bien, ese desconocido...

MAM. Adelante!

TEOD. Ese afortunado mortal...

MAM. Acaba.

TEOD. (Caramba! Si...) Ese afortunado mortal... (Conociendo la intencion de D. Mamerto.) Ese... no soy yo.

MAM. (Bajando el baston y abrazando á Teodoro.) Ven á mis brazos, criatura interesante. Tú eres el único hombre de bien que he encontrado en Albacete. Siento en el alma que no seas tú el que busco.

TEOD. (Recobrando la esperanza.) De veras? Pues entónces, sepa usted...

MAM. (Furioso y levantando el baston.) No me digas que eres tú, ó te rompo el esternon!

TEOD. (Retrocediendo.) No, no soy yo... ¡Qué he de ser yo!...

MAM. Entónces toca esa mano... (Le da un apreton de manos.) y vete á paseo.

TEOD. (Ap. y disgustado.) (Pues señor, me he lucido.)

ESCENA XV.

DICHOS, ARCADIA.

ARC. Qué hay, papá?

MAM. Eso digo yo. ¿Qué hay?

ARC. Ya lo sabes todo?

MAM. Qué he de saber?

TEOD. (Esta muchacha va á hacer que me asesine su padre.) (Le hace señas para que calle.)

ARC. Que el ser á quien buscamos es...

TEOD. Yo no! Yo no.

ARC. Cómo?

MAM. (Con calma.) Este no es... Él me lo ha dicho... Excelente muchacho! (Le pone la mano en el hombro y pasa al otro lado por detrás de él.) Y qué bien le sienta la ropa! (Sentándose.) Pues señor, ¡bonito viaje!

ARC. (Ap. á Teodoro.) (Pero qué has hecho? Cuando papá ofrece mi mano al...)

TEOD. No, hija mia, no es tu mano lo que ofrece, sino su baston.

ARC. Su baston?

TEOD. Vas á verlo. (Alto á D. Mamerto y en tono de amabilidad.) Señor don Mamerto...

MAM. ¿Qué se ofrece, querido?

TEOD. Qué haría usted si yo le dijera: el que usted busca soy yo?

MAM. (Se levanta y enarbola el palo.) Miserable! Desdichado!

ARC. Cielos!

TEOD. (Refugiándose detrás de Arcadia.) Lo ves?

ARC. Pero papá...

TEOD. No señor, no soy yo.

MAM. (Furioso y persiguiéndole.) Voy á pulverizarle.

TEOD. (Huyendo y gritando.) Ay! ay! ay!

ESCENA XVI.

DICHOS, PRÓSPERO.

PROSP. (Por el foro.) Qué pasa aquí?

TEOD. (Señalando á Próspero.) Mire usted, ese es.

PROSP. Que soy yo?

TEOD. (Bajo á Arcadia.) Dí que es él.

ARC. (Sin comprender.) Sí, papá, ese es.

MAM. El hombre del perro? Le reconoces?

PROSP. (¡Feliz casualidad!)

TEOD. (¡Qué paliza le arrima!)

MAM. Y por qué no lo has dicho desde el principio? (Á Próspero.) Amigo mio, le habia tomado á usted por un bribon, pero rectifico mi juicio... Hablaremos de la boda.

ARC. (Ap. á Teodoro.) Pues no decías?...

PROSP. (Arrodillándose á los piés de Arcadia.) Señorita! (Arcadia se aleja y pasa al otro lado de su padre.)

TEOD. (Gritando y corriendo hácia D. Mamerto.) Poco á poco. Si esto ha de terminar así, sepa usted que soy yo.

MAM. (Levantando el baston.) Ah, tunante!

ARC. (Interponiéndose.) Sí, papá; sí que es él.

MAM. Tambien él... Luego son dos?... Desdichada hija.

ARC. Ay!! (Se desmaya en los brazos de su padre.)

MAM. Pataplum! La pataleta de ordenanza!... ¡Hija mia! (Teodoro corre hácia Arcadia mientras Próspero acerca una silla, donde se sientan.)

TEOD. y PROSP. Señorita!

MAM. Largo de aquí!... Vinagre!

TEOD. y PROSP. Volando. (Vánse corriendo cada cual por su lado.)

ESCENA XVII.

D. MAMERTO, ARCADIA.

MAM. Hija de mis entrañas!

ARC. (Levántandose de repente.) Papá, no me has comprendido.

MAM. Ya habla!

ARC. No se trata más que del jóven...

MAM. ¿Uno solo?

ARC. Que yo ví...

MAM. En la estacion?

ARC. Ya le conocia de Madrid.

MAM Qué dices?

ARC. Del café...

MAM. De Venus?

ARC. Era el tenor que cantaba al piano todas las noches aquella cancion tan bonita...

MAM. La luna de Valencia?...

ARC. Sí.

MAM. Ah!... Aquel comicucho tan antipático!... Miseria!... Baldon!

ARC. Tiene un gran corazom.

MAM. Y cómo has podido verle el corazon si iba siempre abro–

chado hasta la barba?

ARC. Es que todas las tardes venía á pasearse frente á nuestra casa de la calle del Sombrerete.

MAM. Y le veías el corazon desde nuestro sotabanco? En fin, aunque así sea, no por eso deja de ser un murguista vagabundo.

ARC. Ya no lo es, puesto que se dedica al comercio.

MAM. En efecto, el comercio es el bienhechor de los pueblos. Pero, ¿cómo en cuanto viste á ese... comerciante no me dijiste que era él?

ARC. No le reconocí al principio.

MAM. Y cómo le has reconocido despues?

ARC. Me lo ha dicho él.

MAM. Te lo ha dicha él? Y nada más? ¡Desgraciada!

ARC. Por qué?

MAM. Tú no sabes lo que pasa en este pueblo. Salgamos á la calle, y no daremos quince pasos sin que llevemos una cola de cincuenta indivídnos gritando: yo soy.

ARC. Papá, me haces dudar.

MAM. Eso es, duda, vacila, titubea, hija querida; ocúpate en eso interinamente.

ARC. Si yo le oyera cantar!...

MAM. Cantar? (Dándose una gran palmada en la frente.) Ya me has dado luz!

ARC. La luna de Valencia.

MAM. La luna? Ya me has dado más luz. Entra en tu cuarto.

ARC. Qué vas á hacer?

MAM. Ahora lo verás. Entra en tu cuarto. (Váse Arcadia.)

PROSP. (Saliendo por donde se fué.) Aquí está el vinagre.

MAM. No se trata ya de vinagre, sino del que la cante.

PROSP. El que cante qué?

TEOD. (Va á salir y se detiene.) Qué oigo!

MAM. Hola! conque somos trovadores?

PROSP. Trovadores?

MAM. Conque solfeamos? Pues á solfear ó seremos solfeados!

PROSP. Pero qué he de solfear?

MAM. La cancion de la luna de Valencia.

TEOD. Yo la sé, pero no tengo ya voz!
PROSP. Yo tengo voz, pero no la sé.
TEOD. (Y han vendido la vaca!)

ESCENA XVIII.

DICHOS, LUZ.

LUZ. Señor, el becerro no quería beber en cazuela.
PROSP. Déjame en paz.
LUZ. Y le he comprado un biberon.
PEOSP. Largo de aquí. (Váse Luz.)
TEOD. (Qué oigo! Un biberon!) (Se precipita por la puerta del patio.)

ESCENA XIX.

D. MAMERTO, PRÓSPERO.

MAM. Ea! Caballerito! Á ver esa voz!
PROSP. (Qué apuro!) Hoy estoy muy ronco, me es imposible cantar. (Teodoro atraviesa la escena por el fondo con un biberon en la mano y sube de puntillas la escalera.)
MAM. No, compadre. Ese es un pretexto. Usted no la sabe. Ah, tunante!

ESCENA XX.

DICHOS, TEODORO, despues ARCADIA y LUZ.

TEOD. (Aparece en lo alto de la escalera con el biberon en la mano, bebiendo en él con afan y haciendo de vez en cuando esfuerzos hasta que logra dar una nota vigorosa que hace dar un brinco á D. Mamerto y á D. Próspero.) Aaaaah.
(Canta.) «Blanca luna, blanca luna
déjame mirar tu luz!»
MAM. Gran Dios!
ARC. (Saliendo azorada.) ¡Esa voz!...
MAM. (Id.) Quién aulla por ahí?

ARC. (Conmovida.) Él es! Él es!

MAM. Sí que es él. Le reconocería entre cien lobos. No hay en toda España otro que ahulle así.

TEOD. (Acercándose.) Señor don Mamerto Perillan, pido á usted con las debidas formalidades la mano de la encantadora Arcadia.

MAM. Despacito. Todavía no te conozco más que por el metal de la voz.

TEOD. ¿Qué más quiere usted conocer?

MAM. Tu posicion social. Cuanto ganas?

TEOD. Salgo todos los dias por cinco duros.

MAM. ¡Hola!

TEOD. (Pero me vuelvo sin ellos!)

MAM. Arrójate en mis brazos.

TEOD. (Con transporte.) Oh, triunfo de la música.

MAM. Sabes la condicion que te impongo?

TEOD. No señor.

MAM. La de que no has de volver á cantar mientras yo viva.

TEOD. Y por qué? Nó canto con maestría, con gran sentimiento?

MAM. Pues por eso, porque cantas con gran sentimiento... (¡Mio!)

TEOD.
Aunque soy tenor cesante
verá usted qué efecto causo
cantándoles un andante.

MAM.
Señores, dadle un aplauso
siquiera porque no cante.

FIN.